

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Se han realizado los favorables augurios que hacía en mi última crónica acerca del viaje del rey a esa Barcelona tan temida por los apocados y pobres de espíritu, que son legión.—Eran ellos quienes sustentaban la peregrina teoría de que en un Estado cabe que existan regiones y ciudades a las cuales el jefe de dicho Estado no puede, no se atreve el Gobierno a creer que pueda ir. Situación tan anómala sería la condenación de un régimen. Sería además un diploma de impotencia y de miedo. Y la política del miedo ha sido siempre de funestos resultados. En las cuestiones políticas, como en las militares, el miedo es ya la derrota.

A un rey joven más bien suele ser necesario contenerle en su ardimiento, que estimularle; la tarea, pues, de un Gobierno que aconseja a un mozo en los albores de la vida, es fácil y brillante: lleva encadenada a la fortuna y presa a la simpatía en lazos estrechos. Hay ocasiones y circunstancias que en buena política no deben desperdiciarse. No es fácil calcular lo que hubiese representado para España, en otras épocas, antes de que se derrumbase nuestro imperio, un viaje regio a México, al Perú. Los reyes aprenden con sólo airearse; y más aprenderían, y cosas más provechosas, si tuviese su visita carácter de residencia, por tiempo más o menos largo; si no la acompañase la anomalía de festejos, regocijos y bullicio que la acompaña siempre. Se atribuyen a Alfonso XIII proyectos de viajes frecuentes y sin tanto aparato oficial por diversas regiones; no cabe más sano propósito. De su veraneo también se espera que algunas comarcas españolas tan hermosas como pacíficas—por ejemplo, la gallega—compartan con las provincias vascongadas el honor reproductivo de ofrecer al jefe del Estado playas y costas donde respirar aire marino y seguir el régimen balneario. Para que Galicia disfrute de esta ventaja necesita otra: que su línea férrea se iguale en condiciones de comodidad a las demás de la Península. Sería bien justo, encontrándose, como se encuentran, enclavados en territorio galaico los balnearios más afamados de la Península, al frente de los cuales marcha Mondariz, y siguiéndose tan graves perjuicios a la salud pública y a la industria de las deficiencias de esa línea, más de una vez lamentadas por mí en este sitio y en otros. Si el tren real no cabe por nuestros túneles gallegos, ¿quién duda que esa región puede ser retratada con el símbolo siempre interesante de la bella y abandonada Cencieta? Los reyes viajan a gusto en sus yates; pero la gente que atraen a una región los reyes cuando la visitan y permanecen en ella algún tiempo; esa estela de oro y de brillantes que dejan tras de sí y que es para los países incalculable bien, requiere fáciles comunicaciones y trenes que enlacen oportunamente y vayan aprisa. Todo lo que falta en la línea a que me estoy refiriendo.

El Circo de caballos (Parish) es, desde que aprieta un poco el calor y las campanas dan el toque de Resurrección, el espectáculo *smart*. No acierto yo a explicarme satisfactoriamente el intrínsculo de la estrecha relación entre el ascenso de la temperatura y la popularidad repentina de perros, caballos, monos amaestrados, acróbatas y gimnastas. No comprendo por qué una ópera de verano, en un teatro ventilado y bien acondicionado, no interesaría igualmente, si no más. Tampoco entiendo la razón de que los dramas y comedias sean (según el gracioso personaje de Moratin) como los besugos, que valen más y saben mejor cuando hiela. Es posible que el calor enerve y embote el entendimiento, adormezca las facultades, y sólo permita atención para el salto mortal, la cabriola doble, el alambre, la batuda y otras destrezas y gracias del mismo jaez. Lo cierto es que ni en el segundo del Real, ni en los miércoles del Español, ni

en ningún turno de moda, se ha visto el apuro y el «darse de puñaladas a la puerta»—según la frase estereotipada—que se ven en estos jueves del Circo de Parish. Ya el año pasado fué preciso agregar una hilada de palcos, robada sabe Dios cómo a las sillas, para satisfacer las peticiones de algunos entre los muchos que deseaban abonarse; este año se pensó en otros palcos escamoteados a la parte fronteriza del escenario, y si no se hizo, fué sin duda porque serían demasiado malos los tales palquitos, y apenas se disfrutaría de la función. Prosiguiendo la demanda de palcos y su escasez, ahora se agita la idea de organizar otro turno de moda, ó sea otro lleno hasta el techo, otro día en que, si se terciara, se acabarían en la taquilla las entradas, como sucede ahora los jueves.

Y ¡qué derroche, qué lujo y gentileza en estos jueves de Parish! Los trajes y galas de primavera, aquí vienen a ostentarse, especialmente los enormes sombreros de velete, que acaban de hacer triunfal irrupción por los dominios de la moda—tan triunfal, que se les augura corta vida, pues en breve los lucirán «hasta los gatos».—Las costumbres, en lo referente a indumentaria, han cambiado mucho de diez años acá. Entonces se diferenciaba bastante el atavío de baile y soirée y el de calle y teatro; entonces el único espectáculo para el cual se descotaban las señoras era el Real, y allí aprovechaban económicamente y daban los últimos golpes a los trajes ya *défrachis* de la anterior temporada. A los demás teatros se iba de alto, con un lacito, una flor, un broche, algo para animar la *toilette*.

Ved actualmente cualquier teatro, no ya tan sólo en sus días privilegiados y señalados, sino entre semana. Escotes hasta lo vedado, sargas de perlas, riachuelos de diamantes, sedas claras, encajes, ropa rica y flamante, abrigos suntuosos, plumas, adornos caros, todo lo que pide una fiesta de repique recio. Antes, en las bajadas de escalera de teatro—yo me había fijado; me interesaba, a título de ser, como novelista, algo observadora de las costumbres—por rara casualidad asomaba la puntita de un pie calzado de seda. Hoy, ese lujo del calzado, delator de otros íntimos, se ha propagado como los demás, y las bajadas de escalera y subidas a coches muestran mil puntitas rosa, blancas, negras, donde brilla el característico toque de luz del rasolís.

No cabe duda: se gasta más; va ganando el productor. Por este camino la nivelación avanza. Por este camino también las bodas, en las clases de mediano estado de fortuna, se hacen cada día más escasas y difíciles. Ciertos sombreros que el jueves he visto en Parish, y que van cuchicheando, entre el susurro suave de sus *amazonas*, «costamos treinta duros y duramos tres meses», son para hacer meditar al soltero.

Al ver aquella concurrencia refulgente y *very select*, se percibía el contraste con lo menos que mediano de la compañía que funciona en el Circo. El espectáculo parecía encaminado a demostrar una tesis curiosa: la superioridad de las especies animales sobre la humana.

En efecto, los clowns y equilibristas, las *ecuyères* y funámbulas, no hacían cosa que mereciese llamar la atención, mientras los elefantes y las mulas demostraban una maestría sorprendente y prestigiosa. No es posible ver sin risa la escenilla del elefante afeitando a otro con los aires y los retoques de un Fígaro experto, sin perdonar la nube de jabón, los limpiadores de la navaja contra el paño, la espurriadura del perfume con el pulverizador, y por parte del cliente, el pago al contado en buena moneda, que extrae pulcramente del bolsillo. En cuanto a la mula—un primor de bicho, con unas formas airoas y cenceñas que merecen el modelado en barro de un Benlliure y después la fundición por Masriera,—he notado en ella una cosa más interesante aún que lo que se llama habilidad. Y es el sentido de lo cómico, la conciencia del corcobo ó de la defensa en broma, que conviene ejecutar para divertir al público.

En este respecto, no se extraña que veamos en el animal un verdadero actor cómico, un bufo si se quiere, y que la imitación, base, según Aristóteles, del arte, nos parezca concedida a los irracionales en grado artístico.

El telégrafo acaba de traernos la noticia del fallecimiento de la reina Isabel II.

Ha muerto en el destierro, donde se hallaba, dígame la verdad, muy a gusto, como la inmensa mayoría de las testas coronadas sin corona se encuentran en la republicana capital francesa. El reposo y la libertad, bienes apetecidos en el ocaso de la vida, compensaban a la ex reina de las Españas (que ya no lo son, sino a lo sumo *España* en singular) de todo lo perdido al perder su trono. Lo que Isabel II prefería y estimaba, era seguramente más positivo, como ele-

mento de vida dichosa, que lo que se había dejado atrás al cruzar, mal aconsejada, la frontera. Acaso la aquiescencia al consejo del miedo fué hija de la indiferencia que la reina experimentaba ante el poder. Más de una vez el aro real había pesado a sus sienes, tan mórbidas en los días de la juventud.

La conocí en París, en la época de mi conferencia en la Salle Charras. Todavía entonces estaba fuerte y animosa, a pesar de los crónicos achaques que la obligaban a andar apoyada en su muletita de ébano y plata. Su conversación era viva, espontánea y llana, a lo castizo; París no había entrado en su espíritu; jera demasiado tarde cuando atravesó el Bidasoa! No cabía en ella más adaptación que la de sentirse gratamente aliviada de fastidios de etiqueta y complicaciones de responsabilidad política, para las cuales no la había hecho Dios.

Al nacer, nació jovial, franca, naturalísima, mujer en todo, a quien preocupaban poco las ideas y los intereses generales de la gran lucha entre dos bandos, uno de los cuales aclamaba é invocabla, como grito de combate, su nombre. El destino colocó a Isabel II en situación que requería las condiciones viriles y las extraordinarias dotes de mando de una Semíramis ó una Cristina de Suecia, la mirada serena y previsor de un grande hombre de Estado, y el tino y el conocimiento de caracteres y condiciones personales de una Maintenon, discreta, reservada, hasta hipócrita, defecto ó virtud que Isabel II no tuvo jamás. Cada beneficio de los que la hija de Fernando VII sembró con larga mano, en vez de ganarle un agradecido, la dió motivo para averiguar a ciencia cierta cuán hondo arraiga la humana ingratitud; porque los beneficios no son para arrojados por la ventana, y siempre conviene ver dónde cae semilla tan preciosa. En su bondad, Isabel dió a los más pedigríes ó a los más osados, a los más capaces de olvidar y de renegar de la que fué su protectora; y si por cada rasgo generoso de Isabel II hubiese adquirido un partidario, la Restauración estaría hecha, reponiéndola en el trono a los dos meses de su caída.

Para los españoles que van a París—si bien en estos últimos años la reina no recibía apenas,—es un vacío el que deja su muerte. En aquel palacio hospitalario de la Avenida Kleber encontraban la reminiscencia de la patria, un españolismo sin afectación, una acogida llena de sencillez y de afecto. Reducida a un tren relativamente modesto y sin fausto—aquella soberana que jamás había contado lo que gastaba y a quien D. Martín de Los Heros tuvo que presentar en duros apilados una cantidad que había mandado entregar como donativo, para que viese el bulto que hacía y se asustase,—la reina vivía retirada, con sus antepasados desiertas, satisfecha con su comida neta, de cocido, leyendo ó haciendo que la refiriesen lo que en nuestra tierra sucedía (como se leen, después de un viaje por mar en que se ha corrido tormenta, noticias del mismo barco y de sus travesías azarosas). Con interés y dejos de malicia se informaba de los políticos, escuchaba lo que de ellos se dijese, y cuando iba tal vez a emitir un juicio refrendado por la experiencia, deteníase, sonreía y murmuraba: «Ya ves... Yo en eso, ni entro ni salgo.»

Era una de sus inofensivas costumbres, resto de los hábitos del tiempo en que rodeaba su frente la diadema, tutear a todos los españoles que la visitaban. Pedía permiso con infinita gracia, y no sé si alguien habrá tenido el pedantismo de negárselo; lo cierto es que en su boca el tú sonaba infinitamente mejor que el usted. Había en su trato una mezcla rara de dignidad y campechana lisura, que evocaban, en la sexagenaria casi baldada, de peluca de onditas y traje sin adornos, a la brillante y magnífica soberana de los tiempos románticos, de los veraneos en la Granja y Aranjuez, de los grandes bailes en el palacio de la Plaza de Oriente, por ella misma tan chuscamente calificados de «el Prado con techo.»

Creía verla, como nunca la vi, en efecto, sino en retratos de Madrazo y López, en grabados y litografías: sonriente, fresca, luciendo el opulento busto sobre el cual se aduermen las enormes perillas del soberbio collar, adornado el traje con bordados a realce de hilo de oro, sedosas las cocas del peinado, un velo de gasa deslizándose por los hombros, el pecho cruzado por bandas y condecoraciones de pedrería. Y su expresión, la de sus azules ojos, es maternal, venturosa, como de quien a su paso escucha alzarse un murmullo de adoración y fanatismo, y tiene en los oídos el eco de aquel «Viva Isabel segunda!» repetido por tantos en los fragores de la lid mortal ó ante los cañones de los fusiles del pelotón...

Y mirando a la encorvada anciana, se me ocurría la vulgaridad eterna:

—¿Cómo cambian los tiempos!

EMILIA PARDO BAZÁN.